

El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional

La teoría psicoanalítica y la ciencia cognitiva coinciden en afirmar que los sistemas de significación incluyen elementos tanto de experiencia consciente (por ejemplo, verbalizables o susceptibles de recibir atención) como inconsciente o procesada de forma implícita. En la ciencia cognitiva moderna, procesamiento implícito se dice de la actividad mental que es repetitiva y automática, que permite hacer clasificaciones y tomas de decisión rápidas, y que opera fuera del campo de la atención focalizada y de la experiencia verbalizada (véase, por ejemplo, Marcel, 1983; Rumelhart y McClelland, 1986; Kihlstrom, 1987). Aunque no se mencione en la literatura cognitiva, el procesamiento implícito puede ser de gran relevancia para el manejo rápido y automático de las claves emocionales no verbales, las cuales son reconocidas y representadas en la temprana infancia en "proto-diálogos" sociales complejos (Trevorthen, 1980), y como tales encuentran sus orígenes antes de que la comunicación simbólica esté disponible.

Desde la teoría del desarrollo, en particular, el cambio no puede describirse adecuadamente como simplemente hacer consciente lo inconsciente. Por el contrario, se adquieren nuevos modos de estar en relación con los otros. Aún no existe literatura que entre en pormenores al abordar la tarea de determinar cómo los "modelos operativos", los "objetos internalizados", o los "significados implícitos procedimentales" llegan a ser más articulados y complejos a lo largo del desarrollo, o reelaborados durante el tratamiento psicoanalítico. Un modelo suficientemente potente de cómo se produce el cambio en el saber relacional implícito probablemente requerirá de una síntesis de insights procedentes tanto de la ciencia del desarrollo como de la teoría psicoanalítica.

¿Qué puede la actual ciencia cognitivo-evolutiva ofrecer a la teoría psicoanalítica de la significación? Las observaciones de la investigación cognitivo-evolutiva recogidas desde hace treinta años vienen a coincidir con resultados similares procedentes de las neurociencias y de los estudios

sobre la cognición del adulto en la producción de los siguientes insights generales sobre la construcción de los sistemas de significación, unos insights que también son concurrentes con la experiencia clínica de la mente y la significación.

1. La mente está naturalmente fraccionada, conteniendo sistemas de significación a menudo no integrados entre sí (véase, por ejemplo, Fisher y Granott, 1995).
2. El procesamiento mental se produce en varios niveles en paralelo, a la vez que de manera secuencial (Marcel, 1983; Fisher y Granott, 1995).
3. Toda actividad adaptada expresa estructura mental (Fisher, 1980).
4. Todo conocimiento es en esencia reconocimiento, en la medida en que el aprendizaje nuevo reorganiza automáticamente y hasta cierto punto el aprendizaje antiguo (Edelman, 1987; Freeman, 1990).
5. Los significados son co-construidos en interacción con las mentes y los dispositivos de una cultura dada (Vygotsky, 1962; Bruner, Olver y Greenfield, 1966).
6. En los ámbitos de significación con una investidura cultural rica (la aportación de muchas mentes y dispositivos contribuyendo a la articulación mental del ámbito) los sistemas de significación se desarrollarán creando niveles superiores de organización, es decir, llegarán a articularse e integrarse en coordinaciones de rango superior y serán procedimentalizadas a fin de permitir la presencia de más elementos en la memoria operativa, todo ello de una manera más rápida y completa que en los ámbitos que no cuenten con ese respaldo (Bruner, Olver y Greenfield, 1966; Fisher, 1980; Anderson, 1982).
7. Evolutivamente, las limitaciones de la memoria operativa y de la velocidad de procesamiento marcan el límite superior al grado alcanzable de organización de la acción adaptativa, pero a partir de este límite superior, el nivel de la organización llevada a cabo variará ampliamente entre los diferentes ámbitos, en función del grado de respaldo que tenga la elaboración representacional de cada ámbito (Case, 1991; Fisher, 1980).
8. Aun cuando se pueda demostrar la existencia de un grado óptimo de complejidad de pensamiento en un ámbito dado, la utilización de ese grado óptimo puede sufrir notables variaciones, dependientes del contexto (Fisher y Granott, 1995).

Si estas características generales del pensamiento son aplicadas a los modelos operativos e implícitos de relación, cabe esperar que la organización flexible e integrada de la experiencia implícita relacional sea especialmente dependiente de la calidad y amplitud de la participación de

un compañero relacional. Esta dependencia de la calidad de la participación del compañero también da a entender que el saber implícito relacional será particularmente vulnerable al fraccionamiento y a una insuficiente integración, si se lo compara con los demás sistemas de significación implícita que gobiernan la conducta relacional. Es decir, la falta de integración mental puede deberse no solamente a la existencia de procesos defensivos intrapsíquicos sino, también, a la ausencia de relaciones colaborativas en el seno de las cuales poder articular e integrar la comprensión relacional y los modos de ser. Puede haber áreas de saber actuado potencialmente conflictivo que permanezcan no integradas entre sí, tal como sucede en la escisión, y también puede haber elementos de saber actuado y de conocimiento simbólico que sean potencialmente conflictivos y que operen en paralelo y sin integración conjunta en los diferentes modos de representación.

La moderna teoría cognitivo-evolutiva contempla el desarrollo como un proceso que incluye la construcción de sistemas de control (o de significación) cada vez más complejos. Estos sistemas de control emergen como propiedades tanto de la persona como del contexto ambiental en el que se desarrollan. La cognición, la acción y las emociones son productos interrelacionados de esos sistemas de control. La mejor descripción actual del cambio que se produce en un sistema actuado de control pone de relieve los microprocesos graduales mediante los cuales determinadas habilidades simples del desarrollo, o procedimientos relacionales actuados, se coordinan con otras habilidades simples, o procedimientos, para formar estructuras de pensamiento coordinadas de segundo nivel, las cuales, a su vez, se coordinarán entre sí. Uno tiene que aprender a conseguir ciertos resultados fiables de cada procedimiento, y en toda una serie de diferentes situaciones ambientales, para después coordinarlo con algún otro procedimiento relacional. Por ejemplo, después de tener un conflicto con su madre, un niño de dos años puede aprender a calmar su malestar, que puede alcanzar variados grados posibles de intensidad, recurriendo a una serie de ayudas (pulgar, manta, abrazo parental, cambio de atención), para después coordinar este procedimiento actuado con un segundo conjunto de procedimientos que le permitan establecer relaciones lúdicas con el progenitor, lo que generará un conjunto de estructuras compensatorias de control de segundo nivel, que le llevarán del malestar en la relación con el progenitor a un estado de calma y, finalmente, a restablecer la relación positiva y el juego. Este procedimiento relacional actuado podría después coordinarse con procedimientos que sirven más para interactuar con compañeros de juego que con los padres, de manera que de un conflicto inicial con los padres termine desarrollándose un sistema de control procedimental coordinado para manejar las relaciones con los compañeros de juego.

Es importante señalar que aunque se empiecen a usar las palabras en la primera infancia al servicio de los procedimientos relacionales actuados, la inserción de las palabras en el interior de los procedimientos no hace que la organización del propio procedimiento sea accesible al pensamiento reflexivo ni a la representación verbal. Puede ser que el niño de tres años

sea capaz de verbalizar el significado de "bueno" o "malo", pero será incapaz de representar consciente o verbalmente que inhibe el impulso de dirigirse a su padre en busca de consuelo cuando el retraimiento físico o la frialdad del tono de voz paternos le transmiten desaprobación de esa búsqueda de consuelo. La estructura organizativa de la mayor parte de los comportamientos relacionales permanecerá inconsciente e implícita aún cuando el niño incorpore a dichos procedimientos implícitos palabras y comprensiones nuevas.

Fisher (1980) y Case (1991) presentan en detalle este proceso evolutivo de una coordinación gradual de procedimientos más complejos, integrados y globales, o estructuras de control, a lo largo de la serie de los niveles del desarrollo. El lector debe consultar en los trabajos de Fisher (1980) y Case (1991) sus detalladas exposiciones de cómo ámbitos particulares de saber procedimental se ensamblan, componente a componente, durante los años que transcurren desde la infancia hasta la vida adulta. Sus teorizaciones han ampliado el viejo marco de referencia piagetiano en varias direcciones, restando valor a sus estructuras monolíticas y jerárquicas al reemplazarlas por conjuntos de "habilidades" más variadas y sensibles al contexto, o sistemas de significación modular. Estos sistemas de significación modular precisan del apoyo del entorno, pero operan dentro de los límites generales que imponen la capacidad de memoria y la velocidad de procesamiento disponibles en cada nivel de edad.

En contra de las antiguas concepciones, no hay una progresión simple y uniforme que recorra una serie de etapas, ni la gente opera en la realización de sus tareas en un nivel determinado. Los conjuntos de niveles y subniveles que Fisher (1980) y Case (1991) describen no corresponden a épocas del desarrollo, sino que presentan un análisis de la complejidad de la tarea, del grado de articulación mental implícita necesaria para cumplir un conjunto de acciones adaptativas. El grado de complejidad de los sistemas de control que utiliza un determinado niño o adulto es muy variable según sean las tareas a cumplir. Se entiende que el desarrollo es un proceso en el que se despliegan simultáneamente una serie de diferentes vías, las cuales pueden estar coordinadas tan solo vagamente o no estarlo en absoluto en el grado de articulación que logran. Es más, el grado de complejidad del pensamiento y la acción a lo largo de una vía determinada variará con los factores contextuales de día en día. Para citar a Fisher: "Las personas carecemos de una mente integrada y básicamente lógica. Por el contrario, disponemos de múltiples sistemas de control que operan espontáneamente por separado, aunque potencialmente podamos conseguir que en un momento dado muchos de ellos se coordinen y se integren" (pág. 153). Esta opinión coincide sin duda con la experiencia clínica, ya que el repertorio relacional con que cuenta un sujeto para hacer cosas con los otros puede ser muy discrepante de sus habilidades en otras áreas.

Esta incipiente concepción del desarrollo de la significación, modular y sensible al contexto, está en armonía con muchos insights clínicos del psicoanálisis. Se trata de insights que enfatizan las relaciones integrales entre los sistemas de significación y la conducta adaptativa, la naturaleza

fraccionaria y atinente al contexto de los sistemas de significación tanto simbólicos como procedimentales, la importancia de los compañeros culturales en el sostenimiento o reedificación de los sistemas representacionales hacia formas más flexibles e inclusivas, y el proceso gradual y repetitivo, aunque con especificidad individual, por medio del cual los sistemas de significación llegan a hacerse más articulados, integrados y abarcativos. Los investigadores de este área, con mayor especificidad de la que aparece en la literatura del desarrollo, bosquejan las limitaciones del proceso de elaboración de los sistemas de significación simbólica y procedimental en momentos particulares del desarrollo, y delinear el proceso gradual mediante el cual los componentes de una tarea o de un ámbito de significación se van diferenciando y coordinando de forma sistematizada en otros sistemas más flexibles e inclusivos.

Aunque el lenguaje de la ciencia cognitiva les suele resultar poco acogedor a los clínicos, un modelo que recoja la lenta articulación de un campo de significación dentro de un conjunto de limitaciones evolutivas, probablemente describirá bien ciertos aspectos de la elaboración del conocimiento relacional explícito e implícito, no solo durante el desarrollo sino también en el curso de la terapia analítica. También la neurociencia contemporánea concibe la organización mental como un avance a través de la acumulación gradual de complejidad de las conexiones neuronales, hasta alcanzar un punto crítico en el que emerge espontáneamente un nivel más elevado de organización (Edelman, 1987). La literatura sobre la neurociencia también pone de relieve la naturaleza idiosincrásica individual de las crecientes organizaciones neuronales y, a la vez, la convergencia aparentemente paradójica de esas vías idiosincrásicas en resultados conductuales típicos de la especie. Por lo que hace al desarrollo, terminamos arribando a un mismo lugar por caminos que pueden correr muy distantes entre sí. Estos modelos de una creciente articulación y organización de los sistemas neuronales y de los procedimientos relacionales son susceptibles de proporcionar fundamento a una empresa psicoanalítica que esté enfocada a la significación y que parta de perspectivas científicas actuales, y de crear un suelo fértil para un diálogo de entendimiento entre las disciplinas psicoanalíticas y del desarrollo.

Procesamiento mental paralelo

La reciente conciencia del funcionamiento en paralelo de gran parte de la actividad cognitiva, y las fuertes restricciones que sufre lo que puede ser en cada momento el objeto de la atención sostenida (en la conciencia), ha llevado a la conclusión general de que el pensamiento progresa hacia modos formales de elevada complejidad mediante el desarrollo de procedimientos actuados cuya traducción no es fácil, y nunca de forma completa, a un medio verbal recuperable de forma explícita (véase, por ejemplo, Fisher y Granott, 1995; Marcel, 1983). La dimensión actuada es más evidente en territorios que no se prestan fácilmente a la expresión verbal, tales como la composición o la interpretación musical, las habilidades complejas en arte o atletismo y la pericia espacial o arquitectónica. Sin embargo, también es propia de los campos cargados al

máximo de simbolismo una creciente complejidad de saber implícito que se adquiere con la repetición de la exposición a la tarea o con el quehacer continuado, como sucede con la escritura de artículos científicos o con el análisis literario.

Otro campo en el que el conocimiento complejo se construye fuera de un medio predominantemente verbal lo constituye el saber cómo comportarse en las relaciones de intimidad, donde los procedimientos para lograr una hábil interacción, incorporando una variedad de sutiles claves afectivas, se desarrollan mediante una serie de coordinaciones notablemente articuladas e integradas, casi todas por fuera del conocimiento verbalizable y la conciencia. Es evidente que en tanto especie poseemos todavía una comprensión muy escasa de cómo "funciona" la interacción humana, aún cuando la estemos actuando a diario en grados muy refinados. Incluso en la literatura analítica existe con frecuencia un gran abismo entre la sistematización de los insights mencionados en los trabajos y las sutilezas y complejidades de lo que los analistas saben y llevan a cabo de manera implícita en la clínica. Es decir, el saber clínico implícito también opera a elevados niveles de complejidad fuera del medio de las palabras, a pesar de lo mucho que se valora en este campo el conocimiento sistematizado y verbalizable.

Para enfatizar que la estructura del pensamiento es inherente a la acción, Fisher (1980) se refiere a su teoría cognitivo-evolutiva como teoría del desarrollo de habilidad. Desde su perspectiva, la cognición en cada nivel consiste fundamentalmente en aprender a controlar un abanico de acciones, ya sean físicas o mentales, con el objetivo de lograr un determinado resultado en el mundo y más allá de la variedad específica de los efectos ambientales. Por ejemplo, en el nivel sensoriomotor, entre los 9 y los 12 meses, el niño aprende a coordinar su foco de atención con el de la cuidadora mediante el empleo de una serie de sonidos vocales y gestos, para redirigir el foco de atención de ella y que coincida con el de él, sin importarle la posición física o el motivo actual de atención que ella tenga (véase Bretherton, McNew y Beeghly-Smith, 1981). Una habilidad relacionada, pero mucho más compleja en cuanto al grado de abstracción del pensamiento, consistirá en coordinar a lo largo del tiempo las identidades parental y profesional propias con las identidades parental y profesional del cónyuge, por medio de negociaciones conjuntas y tomas de decisiones (véase Fisher, 1980). Estos ejemplos recalcan la estructura mentalmente organizada de unas conductas que están a la vez imbuidas de afectividad y al servicio de las necesidades básicas de supervivencia. Tanto la literatura cognitivo-evolutiva, entonces, como la relacionada con la investigación del apego, convergen en la noción de que el saber implícito relacional es un área en la que el saber actuado organizado o procedimental implícito se desarrolla desde los primeros meses de la vida principalmente fuera del territorio del conocimiento simbólico o verbalizado.

Melvin Lewis (1995), discutiendo un caso relacionado con esta cuestión sobre amnesia y transferencia, también observa una diferencia entre memoria procedimental y la declarativa, y propone la hipótesis de un

cambio evolutivo para explicar la amnesia infantil. De acuerdo con su hipótesis, ciertas estructuras tempranas, tales como el proceso primario y el pensamiento sensoriomotor, permanecerían como tales a lo largo del desarrollo y se manifestarían en pautas preverbales, afectivas, sensoriales y motóricas. Por el contrario, las funciones posteriores de la memoria, especialmente las que implican el empleo del lenguaje, cambiarían masivamente con el desarrollo. Lewis postula que el concepto de amnesia infantil como resultado de la represión podría ser inviable, dado que se pueden recuperar formas no verbales de los recuerdos desde la infancia en adelante. Llega a la conclusión de que: "La aparente inaccesibilidad verbal podría no tener nada en absoluto que ver con la represión; podría simplemente tratarse de que los recuerdos tempranos están codificados en forma prelingüística y hemos estado buscando la representación equivocada de esos recuerdos muy tempranos, buscando palabras en vez de respuestas fisiológicas, conductas y emociones" (pág. 410).

Si bien su argumentación coincide con las opiniones aquí sostenidas en el sentido de que las representaciones relacionales implícitas se forjan desde los primeros meses de vida, el modelo que aquí se propone difiere de esa noción de un supuesto "cambio evolutivo". En la concepción del cambio evolutivo, los sistemas representacionales afectivos y conductuales que no se complejizan con el desarrollo se oponen a los sistemas verbales que emergen durante el segundo año y que sí se complejizan. Hay un modelo más potente y general que el modelo del cambio evolutivo, y es el de sistemas paralelos. En un modelo de sistemas paralelos, las representaciones afectivas y conductuales que guían las interacciones con los otros se continúan complejizando y haciéndose más articuladas con el desarrollo, donde la capacidad verbal que se va adquiriendo queda incorporada a las estrategias interactivas, sin que esas estrategias en sí mismas dependan de dicha articulación verbal. Esto está claramente en consonancia con la complejidad de los fenómenos transferenciales que se observan en la clínica. En este modelo, las representaciones afectivas y conductuales no son pre-verbales: simplemente no son primariamente verbales.

Siguiendo a Bretherton (1991), Stern (1995) y otros, estos procedimientos implícitos relacionales pueden ser descritos como organizándose alrededor de una serie de metas locales y supraordinadas y como incluyendo tanto los procedimientos interactivos como las redes asociadas de significaciones cognitivas y afectivas que conllevan. Estos esquemas relacionales multivalentes incluirían no solo significados "cognitivos" verbales o verbalizables si estuvieran disponibles, sino también un rico entramado de "fantasías" en forma de imágenes, sensaciones fisiológicas cargadas de afecto y el saber relacional implícito sobre cómo esos significados y fantasías se relacionan con las acciones sociales. Las conexiones integrales entre la cognición y la "valoración" o sentimiento que este modelo requiere, también las han señalado Damasio (1994) y Edelman (1987) sobre la base de la última investigación en neurociencia. También Stern (1995) ha delineado recientemente la naturaleza multidimensional de

los esquemas relacionales tempranos según aparecen en la psicoterapia infanto-parental.

Si las representaciones de "cómo hacer cosas con los otros" integran significaciones semánticas y afectivas con procedimientos conductuales/interactivos, en ese caso se podrá acceder a un determinado procedimiento implícito relacional por múltiples rutas, y el cambio representacional podrá ponerse en marcha a partir de cambios ocurridos en la experiencia afectiva, en la comprensión cognitiva o en los encuentros interactivos, sin que haya necesariamente que asignar un estatuto privilegiado a ninguna dimensión particular, como por ejemplo la interpretación. Stern (1995) ha señalado algo relacionado con esto al referirse a la psicoterapia infanto-parental, donde la intervención del terapeuta puede dirigirse a la representación que los padres tienen de su propia experiencia, a la relación transferencial de los padres con el terapeuta, o a la propia interacción entre los padres y el niño. Se espera que la movilización del cambio por medio de más aspectos simultáneos de este espectro multidimensional de esquemas de pensamiento, emoción y acción mejorará la efectividad del proceso de cambio, siempre que se respeten los ritmos y los momentos adecuados para no sobrecargar al paciente.

Estructura de la tarea en el área relacional: un elemento común al cambio evolutivo y al cambio psicoanalítico

Como resultado de la creciente influencia de la investigación sobre la infancia, los teóricos del psicoanálisis se cuestionan en qué medida la díada padres-bebé, o más tarde padres-niño, proporciona una analogía válida para la díada terapéutica (por ejemplo, Mitchell, 1988; Wolff, 1996). En concordancia con los trabajos de Fisher y Case, sugiero que un elemento estructurante esencial y común al cambio en el desarrollo y al cambio en el tratamiento psicoanalítico consiste en la estructura de la tarea intrínseca al proceso de llegar a conocer la mente de otro. Ambos cambios, el inherente al desarrollo y el psicoanalítico, referidos a cómo se comporta uno en las relaciones de intimidad, se producen dentro de los límites de una serie de diferenciaciones e integraciones necesarias para la construcción de los procedimientos colaborativos que rigen las conductas en las relaciones. Las entidades mentales en continua construcción evolutiva y que se organizan en rangos superiores, descritas por Fisher y Case en términos abstractos, han sido estudiadas en relación a la habilidad progresivamente más compleja que el niño va adquiriendo para conceptualizar la actividad de otras mentes (véase Hobson, 1993; Selman, 1980). La literatura existente sobre "las teorías de la mente" que el niño desarrolla, ilustra la capacidad que el niño despliega para pensar sobre el pensamiento, incluido el propio. La función de auto-reflexión, que Fonagy (1991) en particular ha puesto de relieve, se relaciona estrechamente, aunque habitualmente con un cierto retraso evolutivo, con la capacidad para reflexionar sobre la subjetividad de los otros (Landry y Lyons-Ruth, 1980).

Las discusiones psicoanalíticas sobre la representación suelen incluir la representación de los diferentes estados de la subjetividad, de manera que la emergencia evolutiva de grados sucesivos de "pensar sobre el pensamiento" implanta una serie de niveles potenciales de "representación" de los acontecimientos intersubjetivos. El estudio de la conciencia intersubjetiva, entonces, no es abordable de la manera más adecuada posible en términos de si se ha adquirido conciencia o representación simbólica propiamente dichas. En su lugar, tendremos que considerar qué nivel de "pensamiento sobre el pensamiento" se ha alcanzado con fluidez y se ha integrado a nivel procedimental con qué tipos de contextos afectivos y relacionales. Ya sea en la temprana infancia o en la vida adulta, uno tendrá que empezar por discernir en qué medida su vida mental es similar o difiere de las de los demás, para llegar después a comprender la manera de hacer esas similitudes y diferencias explícitas en el diálogo y elaborar procedimientos para negociar con el otro a la luz de las diferencias. El niño en crecimiento debe elaborar esas mismas comprensiones.

En las literaturas del desarrollo, cognitiva y psicoanalítica, todavía son pobremente descritas y comprendidas las características esenciales de los sistemas de significación, tanto el verbal como el implícito procedimental, que constituyen el ámbito de los conocimientos relacionales. Los trabajos evolutivos sobre las teorías de la mente que el niño genera (véase, por ejemplo, Carpenter, Nagell y Tomasello, 1998; Hobson, 1993), los estudios sobre los déficits relacionales que caracterizan a los autistas (por ejemplo, Hobson, 1993) y la investigación sobre la comprensión social de los niños (Selman, 1980), aportan ciertos detalles desde la literatura de investigación. El rico acervo de trabajo descriptivo psicoanalítico sobre los trastornos graves del carácter también contiene en potencia una teoría de cómo se elabora el ámbito del conocimiento intersubjetivo o permanece sin elaborar, bajo condiciones normales o anormales (por ejemplo, Fonagy, 1991). Sin embargo, esta recopilación de trabajos debe ser antes depurada de supuestos evolutivos hoy insostenibles (por ejemplo, Westen, 1990; Lyons-Ruth, 1991).

El trabajo psicoanalítico sobre la organización de los mundos intersubjetivos de los pacientes infantiles y adultos, y la investigación evolutiva sobre la construcción de la comprensión intersubjetiva, constituyen focos complementarios que iluminan un territorio subyacente común de conocimiento. Desde la perspectiva de esa "estructura común" que aquí es presentada, la relación progenitor-niño no es una metáfora de la relación adulto-paciente, ni viceversa. En cambio, ambas ofrecen vías únicas, aunque convergentes, para describir cómo los seres humanos co-construyen un conjunto de procedimientos y comprensiones para conciliar el ámbito intersubjetivo. La comprensión de cómo la mente construye el ámbito intersubjetivo, ya sea en la infancia o en la adultez, les resulta crucial tanto al psicoanálisis como a la ciencia evolutiva. En esta perspectiva, el cambio psicoanalítico y el evolutivo se producen a partir del interjuego dinámico de las múltiples restricciones impuestas por la estructura de las tareas intersubjetivas, por la capacidad de la memoria operativa, y por la calidad y amplitud de la participación de los miembros de la interacción.

Este enfoque constructivista y complejo nos permite alejarnos de una visión monolítica, secuencial y evolutiva. Además, nos permite percibir las similitudes de los procesos de cambio evolutivo y psicoanalítico, no en términos de regresión del adulto o fijación a etapas de la primera o segunda infancia, sino en términos de las condiciones, comunes a los seres humanos de cualquier edad, que han de darse a la hora de abordar y progresar hacia el dominio de las tareas complejas implicadas en la negociación con otras mentes.

Rasgos específicos de los sistemas de control relacional

Ahora bien, los teóricos del psicoanálisis y los investigadores de la infancia pedirían la inclusión de varios añadidos a estos modelos cognitivos de la construcción de significación. Tanto los teóricos del análisis como los investigadores de la infancia llamarían la atención sobre los problemas especiales que supone la necesidad de conocer a otra mente y ofrecerse a ser conocido por ella, una condición que constituye un prerrequisito para la construcción de los sistemas de significación relativos a cómo estar con los otros. La elaboración de las nociones de intersubjetividad, o cómo dos mentes interactúan entre sí, constituye un proceso de colaboración intrínseca que depende de que una mente sea razonablemente capaz de conocer por lo menos a otra mente más. Esta colaboración intersubjetiva necesariamente ampliada es susceptible de crear contextos singulares e idiosincrásicos en el seno de los cuales se elaboren los sistemas de significación interpersonal, en contraste con los múltiples ejemplos de regularidad estable que caracterizan a las transacciones con el mundo físico. De manera que la disponibilidad de un contexto de aprendizaje en el que se elaboren las significaciones intersubjetivas se encuentra fuertemente condicionada por la frecuencia y calidad particular de la participación del otro integrante de la comunicación, en lo que Tronick (1998) ha denominado "la expansión diádica de la conciencia" (cf. también Sander, 1995).

Los teóricos del psicoanálisis también señalarían en particular los potentes sistemas de motivación, acompañados de sus intensos afectos concomitantes, que afectan a la elaboración de las significaciones intersubjetivas con mayor fuerza que a la elaboración de la conceptualización del mundo físico. La segregación de las significaciones asociadas con intensos afectos negativos ha recibido el interés de la observación psicoanalítica desde sus comienzos. Hasta el día de hoy, los investigadores cognitivos no han intentado desarrollar un análisis detallado de los sistemas de significación que guían las relaciones de intimidad. El propio término cognitivo inteligencia sensoriomotriz es desacertado para reconocer la existencia temprana en la infancia de un sistema de comunicación afectiva generado por la elaborada y expresiva musculatura facial que aparece únicamente en la especie humana (Izard, 1978). Además de las coordinaciones sensoriomotrices, de complejidad creciente, que se ensamblan a lo largo de los dos primeros años de la vida, se dan también

coordinaciones emocionales e interpersonales, de progresiva complejidad, que se van co-construyendo después, como señala en particular la literatura del apego, al igual que los estudios relacionados de Tronick, Sander y Stern. Lo más probable es que estas coordinaciones, progresivamente más complejas, entre acción interpersonal y conciencia intersubjetiva, sigan las etapas microevolutivas de la articulación de los sistemas de significación que describen Fisher y Case. El hecho de que las primeras lecciones prolongadas en conciencia intersubjetiva se reciban generalmente junto a una figura de apego, cuya presencia y participación son necesarias para la supervivencia del niño, hace que esos intercambios estén imbuidos de intensa emocionalidad. La literatura cognitiva aún no ha contemplado con ninguna profundidad cómo el desarrollo de los sistemas de significación resulta organizado, fragmentado o distorsionado por estos sistemas emocionales (pero véase Damasio, 1994).

Sin embargo, es probable que las características afectivas, al igual que las características cognitivas, resulten de importancia central en la psicopatología. La complejidad del razonamiento verbalizable sobre los demás que uno posea, y quizás también la de su saber implícito procedimental, no mantiene una relación directa con la psicopatología. El razonamiento verbal sobre los otros puede estar altamente desarrollado y coexistir junto a aspectos caracteriales graves y conductas desadaptativas (véase el trabajo de Selman, 1980). La labor terapéutica parece consistir en la identificación de las modalidades de proceder, o de las suposiciones sobre los otros, que son desadaptativas fuera de un contexto inicial de aprendizaje pero que pueden ser o no menos complejas. En cambio, pueden estar más impregnadas de rabia o miedo, menos integradas con otros saberes procedimentales, pueden ser menos eficaces en la modulación de las respuestas al estrés fisiológico interno, y es probable que impliquen interpretaciones atemorizadas u hostiles de la conducta de los otros. La desconstrucción de los modos complejos pero desadaptativos de estar con los otros, junto a la co-construcción simultánea de nuevos modos de estar en compañía que sean más adaptativos pero igualmente complejos, seguramente incluirá un lento periplo compartido, realizado a base de una serie de encuentros intersubjetivos que vayan catalizando la construcción de nuevos sistemas de control. Se hace necesario un modelo que integre los procesos motivacionales y afectivos con la articulación creciente y la organización de las estructuras de control relacional.

Contemplado desde la perspectiva evolutiva, el ámbito del saber relacional se complejiza a lo largo del desarrollo evolutivo, en mayor medida por procesos de aprendizaje y observación participativa que a través de la instrucción oral. Queda por explorar a fondo si el proceso gradual de diferenciación y coordinación de los componentes de significación (y acción) que son descritos en la literatura evolutiva va a resultar útil para comprender la construcción evolutiva o la reconstrucción terapéutica del saber implícito relacional. Ahora bien, tanto los teóricos del desarrollo como los del psicoanálisis tendrán que vérselas con la cuestión de cómo evolucionan y cambian los sistemas de significación comprendidos en el territorio del saber implícito relacional.

Conflicto, afecto negativo y procedimientos actuados fragmentados o disociados

Los modelos procedimentales para estar con los otros se organizan al principio de acuerdo con el nivel evolutivo de comprensión que esté disponible en los momentos en que toman forma y, pueden o no, sufrir reorganizaciones posteriores en concordancia con los niveles posteriores de comprensión. De ahí que un procedimiento relacional implícito, junto con los significados y valores que conlleva asociados, pueda permanecer a un nivel inicial de representación o pueda ser solamente actualizado parcialmente de vez en cuando, generándose una serie de variaciones coexistentes en los diferentes niveles subsiguientes (probablemente ésta sea la norma en la mayoría de las áreas de la experiencia), o finalmente pueda ser repetidamente abordado y sea reconstruido cada vez con el paso del tiempo, de manera que las versiones evolutivamente anteriores resulten en gran parte renovadas (véase Edelman, 1987). Muchos procedimientos implícitos de este tipo sobre cómo negociar intercambios cargados de afecto con los otros constituyen una parte importante del material que se lleva al psicoanalista.

Desde la perspectiva del desarrollo normal, la carencia de articulación e integración de los sistemas representacionales, tanto implícitos como explícitos, puede tener muchos orígenes, entre los que se encuentran las limitaciones evolutivas en la generación de significación en determinadas edades, las reglas implícitas familiares de vinculación que excluyen formas particulares de relación, las reglas implícitas que incluyen acciones procedimentales pero evitan su reconocimiento verbal, las experiencias traumáticas con consecuencias que resultan amenazantes para otras formas de estar con los otros que son necesarias para sobrevivir, y finalmente los frecuentes dislocamientos de la vida humana, en la que pueden aparecer procedimientos implícitos en cierto modo contradictorios y regir, por ejemplo, la vida privada frente a la pública, las relaciones con los hermanos frente a las relaciones con los amigos o las interacciones entre los géneros.

En la tensión que se establece entre las metas y necesidades del niño y las respuestas de los diferentes ambientes que le prodigan cuidados a lo largo del desarrollo surgen conflictos a nivel de las representaciones implícitas procedimentales. Ciertamente, pueden existir otras formas de discontinuidad o limitación de los procedimientos, pero las más relevantes para la teoría psicoanalítica son las que se asocian con las interacciones interpersonales desequilibradas, con la frustración de necesidades y con los afectos negativos. Las respuestas inadecuadas a las metas y necesidades centrales del niño generan afectos negativos y áreas de intercambio que resultarán excluidas en el futuro de ser negociadas, articuladas e integradas. Así, los trastornos y los desequilibrios en las transacciones interpersonales son inicialmente isomórficos con las discontinuidades e inadecuaciones en

los procedimientos relacionales y se asocian con experiencias de conflicto en torno a la frustración de las metas principales. No es probable que los conflictos que surjan entre las metas personales que el niño tiene por sí mismo (tales como preservar una buena relación con la figura parental o por el contrario salirse con la suya, o pasar del padre o por el contrario amarlo) terminen convirtiéndose en dificultades duraderas, a no ser que aparezcan conflictos comparables entre las metas parentales e infantiles que interfieran con su resolución en el curso del desarrollo (Fisher y Watson, 1981).

Si ha sido posible tener un acceso flexible, tanto mental como emocional, a casi todos los niveles de la experiencia en el seno de un diálogo que promueva el crecimiento, los sistemas de control relacional resultantes estarán razonablemente bien integrados, con los asuntos interpersonales resueltos y planteadas y solucionadas en grado suficiente las metas y significaciones interpersonales que pudieran ser contradictorias, como para poder negociar razonablemente bien la vida en el mundo. Pero si muchas metas del paciente fueron anuladas y quedaron excluidas de la interacción posterior, los afectos negativos relacionados con la frustración de dichas metas permanecerán sin resolver, además de que habrá representación de la afectividad negativa del cuidador hacia dichas metas. Estos puntos de conflictividad irresuelta serán internalizados como discontinuidades en los procedimientos implícitos, discontinuidades que estarán frecuentemente marcadas por las fuertes emociones en conflicto. De igual manera, si en las relaciones se han actuado las metas relacionales de tal manera que entren en conflicto con su reconocimiento, o se han actuado en formas que sean entre sí contradictorias y esas contradicciones no han sido nunca confrontadas, de ello resultarán representaciones implícitas procedimentales segregadas, fragmentadas o contradictorias, con escasas posibilidades de actualizar, articular e integrar "formas implícitas de estar con los otros" cuando haya oportunidad de que aparezcan nuevas capacidades evolutivas (véase Bretherton, 1988). El trabajo terapéutico, entonces, tendrá que realizarse alrededor de las líneas defectuosas que marcan las negociaciones interactivas fracasadas, alrededor de las metas que permanezcan abortadas, los afectos negativos sin resolver, los conflictos experimentados y las representaciones implícitas procedimentales que se encuentren desarticuladas entre sí.

El contemplar los "objetos internalizados" o las "transferencias" como sistemas de control relacional que están regidos por modelos procedimentales implícitos permite ver con mayor claridad que los mapas procedimentales implícitos segregados o fragmentados no solamente estarán imbuidos de emociones conflictivas, sino que con toda probabilidad estarán subdesarrollados en varias formas al compararlos con otros procedimientos que se hayan desarrollado dentro de relaciones caracterizadas por una comunicación más coherente. Por otra parte, se pueden observar procedimientos que han sido desarrollado bajo las condiciones de una comunicación más restrictiva, para entenderlos no como "subdesarrollados", sino como evolucionados de una manera diferente, en condiciones en las que se ha dado importancia y se han impuesto barreras a

la expresión libre, con la resultante segregación y fragmentación de los procedimientos de control relacional.

Ahora bien, la eliminación de las barreras afectivas ante los nuevos modos de estar con los otros constituye solamente un aspecto del proceso de cambio; deben desarrollarse nuevos procedimientos que sean más articulados, integrados y adaptados a la realidad actual. En la teoría tradicional, el trabajo que sigue al logro de un "insight" inicial cae bajo el epígrafe de "elaboración". Si el conocimiento relacional es tan implícito y procedimental como simbólico, la tarea de elaborar nuevos procedimientos implícitos para estar con los otros debe realizarse tanto a nivel actuado como simbólico.

Un cambio de matiz se produce al adoptar un modelo de la mente de sistemas de representación, en el sentido de que nos obliga a enfrentarnos con la cuestión de crear nuevas estructuras de representación. Si los sistemas de representación entran en un proceso de reconstrucción cada vez que son activados (véase Edelman, 1987; Freeman, 1990), entonces el trabajo analítico siempre estará presente de manera simultánea en la creación de lo nuevo y en la reelaboración de lo viejo. Si bien "hacer consciente lo inconsciente", o hacerlo verbalizable, puede ser una parte de este proceso de co-construcción, la investigación sobre el desarrollo, en particular, sugiere que la emergencia evolutiva de nuevos procedimientos relacionales implícitos no consiste simplemente en poner en palabras las motivaciones inconscientes o los procedimientos implícitos, sino que se trata de que nuevas formas de organización emerjan como modos nuevos de "estar con los otros" en el entramado entre el progenitor y el niño.

Modelos no lineales de cambio: elaboración creciente y propiedades emergentes

La teoría y la práctica analíticas siempre han reconocido los lentos procesos incrementales implicados en la construcción de una alianza y en el trabajo de elaboración, así como los cambios importantes observables en la organización que se supone que ocurren tras una interpretación exitosa. La teoría de Edelman (1987) de la selección del grupo neuronal también señala la importancia, tanto de los procesos incrementales por los cuales ciertos grupos de neuronas ganan en articulación a expensas de otras vías potenciales, como de la emergencia relativamente súbita de una organización de rango superior una vez que el número de circuitos recursivos de realimentación alcanza un punto crítico. También la teoría de sistemas dinámicos apunta a la emergencia repentina de nuevas formas de organización a partir de la articulación creciente de los elementos constituyentes del sistema (Thelen y Smith, 1994). Además, la teoría de Edelman de los grupos neuronales va más lejos al indicar que las pequeñas elaboraciones que se producen cuando un grupo neuronal es lentamente construido o reconstruido con el uso, constituyen el motor del cambio por el

que una organización de orden superior emerge como función de la masa crítica de elementos nuevos que se solapan y se articulan entre sí.

Aplicando la óptica de estas teorías de los sistemas biológicos autoorganizados, lo que puede requerir un mayor énfasis es el largo periodo de encuentros intersubjetivos entre paciente y analista que han aumentado la complejidad y organización de algunos aspectos del campo intersubjetivo a expensas de otros. Este proceso idiosincrásico y lento de elaboración de algunos aspectos de la organización neuronal a expensas de otros o, planteado a otro nivel de análisis, de la lenta creación de nuevos procedimientos relacionales implícitos, es el trabajo que genera estructuras mentales y conductuales participativas y desestabilizantes. Desde una perspectiva de los sistemas que se autoorganizan, la emergencia de una organización participativa crecientemente articulada hace que una vieja organización se desestabilice, con vivencias personales de aparición de desorden y de fluctuación interna (Thelen y Smith, 1994; véase también Stolorow, en prensa). Es posible que en esos momentos de inestabilidad creciente, el analista (y también el paciente) sea capaz de materializar el cambio que se opera en la organización mental y por la conciencia de la aparición de una nueva forma, generalmente más compleja, mediante los correspondientes reconocimientos que proporciona la interpretación. Sin embargo, una vez que se alcanza este estado de inestabilidad y fluctuación, los re-conocimientos reorganizadores también podrían tener lugar mediante una serie emocionalmente intensa de transacciones con el analista, como en términos generales se conoce por el término experiencia emocional correctiva, o mediante una transacción poderosa entre ambos participantes, en la que el analista de alguna manera se vea forzado a salirse de su papel, como la propia noción de actuación sugiere. Pero ni lo que cristaliza en la proximidad de cada encuentro terapéutico ni la propia interpretación son en última instancia la fuente primaria del cambio, sino que lo es el prolongado período precedente de encuentros desestabilizadores en la relación paciente-analista.

Un modelo así parece recoger bien el sentido del trabajo clínico, y está prefigurado en la gran cantidad de escritos psicoanalíticos previos que señalan la necesidad de minuciosos preparativos para la interpretación. En la literatura más antigua, sin embargo, el foco de atención se ponía en la elaboración de las representaciones simbólicas del paciente por medio de la clarificación y la interpretación. Las literaturas más recientes del desarrollo y de la neurociencia sugieren que, además de la elaboración simbólica consciente, el paciente y el analista deben estar trabajando simultáneamente a un nivel implícito relacional que apunte a crear modalidades de diálogo cada vez más colaborativas. La investigación sobre el desarrollo indica que un diálogo colaborativo incluye centrar cuidadosamente la atención sobre el estado particular de la experiencia intersubjetiva del otro, la franca aceptación de una amplia gama de sentimientos, el impulso y sostenimiento activos de grados más abarcativos de diálogo, y un esfuerzo comprometido en la negociación intersubjetiva cuando se atravesasen momentos en los que la mente del otro sufra cambios y se necesiten modalidades nuevas de relación. Coherencia mental y

comunicación perfectamente colaborativa son abstracciones que nunca se alcanzan de lleno, debido a la presencia de multitud de niveles simultáneos en la comunicación humana, a la fragmentación natural de los sistemas representacionales, el proceso continuo de nuevos encuentros relacionales y las intensas emociones que ofrecen resistencia a determinados tipos de intercambios y de insights. Sin embargo, en los estudios de desarrollo del apego se ha comprobado que las modalidades de diálogo entre los progenitores y el niño que son más veraces, más amplias, más precisas y sin contradicciones dan lugar a modelos de apego operativos internos más coherentes, a procedimientos relacionales implícitos más flexibles, integrados y adaptativos, y favorecen el desarrollo que puede darse en los ambientes que "por término medio" cabe esperar.

Un corolario que se desprende de esta visión del proceso evolutivo es que el desarrollo nunca "se detiene" sino que adopta formas diferentes según las diferentes experiencias relacionales. Por ello, debemos comprender tanto los sistemas de significación relacional implícitos y explícitos que de hecho se han desarrollado, como los procedimientos relacionales actuados que podrían haberse desplegado bajo circunstancias diferentes y que podrían resultarle más útiles al niño o al adulto dadas las condiciones actuales. El paciente y el terapeuta se encuentran trabajando inevitablemente a la vez en los niveles afectivo, cognitivo y actuado para desconstruir lo viejo, al tiempo que van construyendo simultáneamente modos de generar significación y de estar juntos que sean más integrados, flexibles y promisorios.

En el proceso del desarrollo normal, los procedimientos relacionales implícitos son continuamente modificados por medio de nuevas formas de diálogo más colaboradoras y abarcativas, formas que logran un reconocimiento más específico de la subjetividad del otro y que permiten la elaboración de nuevas expresiones de maneras y afectos. Para un paciente adulto, un diálogo más colaborador y abarcativo puede suponer en parte la traducción en palabras de lo que antes era un saber procedimental implícito, mientras que para el paciente pequeño la operación puede transcurrir por entero a un nivel implícito a lo largo de un juego interactivo que en su mayor parte no se basa en la interpretación (véase Ablon, 1996). Por ejemplo, el terapeuta puede abordar el temor del niño a las interacciones agresivas mediante gestos tolerantes y firmes dentro de un juego de colaboración, gestos que nunca alcanzarán el nivel de la interpretación. El grado conveniente de conciencia verbalizable dependerá del nivel usual de la función autoreflexiva susceptible de ser verbalizada propia de un niño de una edad dada. En esta concepción, cualquier distinción marcada entre la promoción del insight y la "experiencia correctiva" o la "ayuda al desarrollo" no es esencial en la medida en que exista una vinculación de inspiración psicoanalítica en torno a la organización de los sistemas de significación relacional implícitos y explícitos del niño o del adulto.

Esta concepción del proceso terapéutico como una simultánea desconstrucción de las estructuras de control desadaptativas junto a una creciente articulación de otras estructuras de control más competentes

ofrece una conceptualización más general de los diversos niveles de procesamiento que se amalgaman en una nueva organización emergente en un momento dado del cambio terapéutico. Si un cambio en el nivel de la representación no solamente implica que haya cognición o "insight" sino, también, que se den modificaciones en los "modos de estar con los otros" cargados de afectividad, un giro en la organización también debe incluir una reorganización de los modos de estar juntos paciente y analista. Por lo tanto, los momentos de reorganización deben contener un tipo nuevo de consenso intersubjetivo que se produzca en una "apertura nueva" del espacio intersubjetivo y permita a ambos participantes convertirse en agentes recíprocos de una nueva manera de encuentro. Esta "apertura" entre ambos, que en esta concepción es fruto de un estado de desestabilización y cambio permanente generados por una nueva organización emergente, permite nuevas iniciativas y acciones interpersonales espontáneas que habrán de aplicarse a la construcción de nuevas o diferentes maneras de encuentro (y representación) intersubjetivo. Esta nueva organización no será solamente un producto del trabajo intrapsíquico del paciente individual, sino de la elaboración de las nuevas posibilidades relacionales con el analista. La participación específica del analista en tanto un nuevo tipo de compañero relacional es parte del "algo más" que conforma un cambio integrado afectivo y relacional, en concierto con la percepción consciente que puede o no acompañar a la emergencia del orden nuevo. Stern y cols. (1998) ofrecen una descripción más elaborada de esta perspectiva del cambio en los tratamientos de orientación analítica.

Conclusiones

Se ofrece un marco conceptual para la comprensión del cambio en el saber implícito relacional en el ámbito psicoanalítico y en el decurso del desarrollo que resulta congruente con la investigación actual neurocientífica y con la que hay sobre el desarrollo, a la vez que concuerda con el "sentir" clínico del tratamiento de orientación psicoanalítica en sentido amplio. Parece evidente que la teoría analítica hasta ahora vigente ha de sufrir tres modificaciones para acomodarse a esta nueva investigación. En primer lugar, el trabajo sobre el desarrollo hace patente que las características del diálogo bipersonal realizan contribuciones cruciales a la forma de los "objetos internalizados" o procedimientos relacionales implícitos que el niño construye, y también contribuyen a los borramientos y distorsiones defensivos que marcan a esos procedimientos implícitos. En segundo lugar, se necesita una teoría de la significación implícita o procedimental actuada que no sea isomórfica con la anterior concepción del inconsciente dinámico. Y tercero, se necesita una conceptualización de cómo los procedimientos para estar con los otros puedan llegar a ser más articulados, adaptados y abarcativos, una conceptualización que no se base exclusiva o primariamente en la traducción del saber procedimental a formas simbólicas. En suma, los conceptos centrales para el análisis de la motivación, el afecto, el conflicto y la defensa, tendrán que integrarse con una teoría del desarrollo del saber implícito relacional que dé cuenta de manera más ajustada tanto de los fenómenos clínicos como de los del desarrollo.